

NORA ROBERTS

Bahía de Chesapeake, I



ARRASTRADO
POR EL MAR

Cameron Quinn vive rodeado de lujos y mujeres gracias al dinero que obtiene pilotando barcos en regatas por toda Europa. Pero su vida da un giro inesperado cuando su padre adoptivo sufre un accidente. Cameron regresa al pequeño pueblo donde se crio y promete hacerse cargo, junto a sus dos hermanos, de un niño de diez años, Seth, a quien su padre estaba a punto de adoptar.

A partir de ese momento, Cam se resignará a dejar de lado su vida aventurera. Pero esos meses se convertirán en los más intensos de su existencia. Luchará por defender a su familia de las habladurías y conocerá a Anna, una trabajadora social, de la que, muy a su pesar, se enamorará perdidamente.

A Mary Blayney,
por su generosidad y cariño.

NORA ROBERTS

Prólogo

Cameron Quinn no estaba del todo ebrio. Podría llegar a estarlo si se concentraba en ello, pero por el momento prefirió la agradable euforia del umbral de la borrachera. Le gustaba pensar que se hallaba en ese punto en que su suerte todavía seguía en racha.

Creía firmemente en los altibajos de la suerte, y en ese preciso instante la suya le era propicia. Justo el día anterior había ganado el campeonato del mundo con su aerodeslizador y batido el récord de tiempo y velocidad.

Ya tenía la gloria, y el bolsillo repleto, así que se dirigió con ambas cosas a Montecarlo a probar fortuna. Se sentía como un auténtico dandi.

Unas manos de bacarrá, un par de tiradas de dados, una vuelta de cartas y su cartera pesaba aún más. Rodeado de *paparazzi* y de un reportero del *Sports Illustrated*, no parecía tampoco que la gloria diera señales de apagarse.

La fortuna continuaba sonriéndole, bueno, más bien le miraba de reojo, pensó Cameron. Ésta le había dirigido hacia esa pequeña joya del Mediterráneo a la vez que la popular revista cubría el lanzamiento de su edición de trajes de baño.

Además, la chica con las piernas más largas del mundo había vuelto sus ojos azules como el mar hacia él, tornando la mueca de sus labios carnosos en una sonrisa invitadora que hasta un ciego habría reconocido, lo que hizo que él optara por quedarse unos días más.

Y ella había dejado claro que con un poco más de esfuerzo él podría tener mucha más suerte.

Champán, generosos casinos, sexo sin preocupaciones ni ataduras. Efectivamente, la suerte estaba de su parte, pensó Cameron.

Cuando abandonaron el casino hacia la suave noche de marzo, uno de los *paparazzi* se les echó encima, disparando su cámara frenéticamente. La mujer hizo un gesto —que después de todo era su seña de identidad— y meneó la interminable melena de cabello rubio platino, moviendo su cuerpo escultural de manera experta. Ataviada con un vestido rojo como el pecado, casi tan fino como una capa de pintura, se detuvo en el lado sur de Las Puertas del Paraíso.

Cameron se limitó a sonreír.

—Son como la peste —dijo ella con una sombra de ceceo o un acento francés. Cameron no sabía distinguirlos. Ella dio un suspiro y dejó que Cameron la guiara calle abajo, a través de las sombras que hacía la luna—. Cada lugar al que miro es una cámara. Estoy cansada de que me vean como un objeto de placer para los hombres.

Sí, claro, reflexionó él. Y como pensó que ambos eran bastante superficiales soltó una carcajada y la estrechó entre sus brazos.

—¿Por qué no le damos algo para que aparezca en primera plana, encanto?

Unió sus labios con los de ella. El sabor le alborotaba las hormonas y disparaba su imaginación, agradeciendo que el hotel estuviera sólo a dos manzanas de allí.

Ella hundió las manos en su cabello. Le gustaban los hombres con mucho pelo, y el de él era abundante y espeso, y tan oscuro como la noche que les rodeaba. Su cuerpo era fuerte, musculoso y con líneas bien dibujadas. Ella era muy exigente con los cuerpos de sus amantes, y el de él había satisfecho con creces sus estrictas exigencias.

Sus manos eran un poco más bastas de lo que a ella le gustaban. No en lo relativo a su presión o movimiento, que

le encantaban, sino en cuanto a su textura. Eran las manos de un hombre trabajador, pero ella estaba deseando pasar por alto su falta de clase en favor de su experiencia.

Tenía una cara interesante, pero no era guapo. Ella nunca se emparejaría y menos aún dejaría que la fotografiasen con un hombre que la superase en belleza. La severa y dura expresión de su rostro tenía que ver con algo más que con sus rasgos afilados. Había algo en sus ojos, pensó mientras se reía suavemente y se contoneaba con libertad. Eran grises, del color de la piedra más que del humo, y ocultaban secretos.

Le gustaban los hombres con secretos, ya que ninguno era capaz de ocultárselos durante mucho tiempo.

—Eres un chico malo, Cameron —dijo poniendo el acento en la última sílaba. Ella acercó un dedo a sus labios, unos labios que ya no eran blandos.

—Eso me han dicho siempre... —Él tuvo que pararse a pensar un momento, ya que no recordaba su nombre—. Martine.

—Puede que esta noche te deje ser malo.

—Cuento con ello, cielito. —Él se volvió hacia el hotel, lanzando una mirada sesgada. Con un metro ochenta de estatura, Martine era casi tan alta como él—. ¿En tu habitación o en la mía?

—En la tuya. —Ella casi ronroneaba—. Puede que si pides que nos suban otra botella de champán te deje que intentes seducirme.

Cameron levantó una ceja y pidió su llave en recepción.

—Necesitaré una botella de champán, dos copas y una roja rosa —le dijo al empleado mientras mantenía los ojos fijos en Martine—. Enseguida.

—Sí, *monsieur* Quinn, me ocuparé de ello.

—Una rosa. —Ella se enroscó en él mientras caminaban hacia el ascensor—. Qué romántico.

—Oh, ¿querías una tú también? —La desconcertada sonrisa de ella le alertó de que el sentido del humor no iba

a ser su punto fuerte. Así que decidió omitir las risas y la conversación y se precipitó rápidamente sobre su trasero.

En cuanto se cerraron las puertas del ascensor, la atrajo hacia sí y besó su enfurruñada boca. Estaba hambriento. Había estado demasiado ocupado, demasiado centrado en su barco, demasiado involucrado en la carrera como para tomarse algún tiempo de recreo. Sentía el deseo de una piel suave, fragante, de unas curvas generosas. Una mujer, cualquier mujer, siempre que ésta lo deseara, tuviera experiencia y conociera los límites.

Martine era perfecta.

Ella dejó escapar un gemido, no del todo fingido, y luego arqueó el cuello para que él lo mordisquease.

—Vas muy deprisa.

Él deslizó su mano dentro del vestido de seda.

—Así es como me gano la vida. Yendo deprisa en cualquier momento y en cualquier lugar.

Mientras la seguía abrazando, se precipitó fuera del ascensor a lo largo del pasillo que conducía a sus habitaciones. El corazón de ella latía con fuerza contra el suyo, la respiración era contagiosa y sus manos... bueno, él imaginaba que Martine sabía justamente lo que hacer con ellas.

Todo era seducción.

Él introdujo la llave, dejó la puerta abierta y luego la cerró abrazando a Martine. Dejó caer los dos finos tirantes de sus hombros y, mirándola fijamente, se apropió de aquellos magníficos pechos.

Pensó que su cirujano plástico se merecía una medalla.

—¿Quieres que vaya más despacio?

Sí, la textura de sus manos era áspera pero excitante a la vez. Ella elevó una pierna kilométrica y la enroscó en su cintura. Él tuvo que poner el máximo empeño en mantener el equilibrio.

—Lo quiero ahora.

—Perfecto. Yo también. —Él introdujo la mano bajo su falda y le arrancó la suave lencería que ocultaba. Los ojos

de Martine se quedaron en blanco y la respiración se aceleró.

—Animal, bestia. —Y ella apretó los dientes contra su cuello.

En el momento en que Cameron puso la mano en su bragueta oyó que llamaban con discreción a la puerta. Cada gota de sangre había descendido de la cabeza hacia la parte baja de su cintura.

—¡Dios mío!, el servicio no puede ser tan bueno aquí. Déjelo fuera —solicitó él mientras se preparaba para poseer a la magnífica Martine contra la puerta.

—*Monsieur Quinn*, disculpe. Acaba de llegar un fax para usted. Es urgente.

—Dile que se vaya. —Martine enroscó una mano alrededor de él como si fuera una garra—. Dile que se vaya al infierno y fóllame.

—Espera un momento, a ver —prosiguió él desenroscando sus dedos para poder cruzar sus miradas—. Espera un minuto. —La colocó detrás la puerta, se tomó un momento para comprobar su cremallera y luego abrió.

—Siento molestar...

—No se preocupe. Gracias. —Cameron buscó un billete en su bolsillo, sin molestarse en mirar el importe, y lo cambió por el sobre. Antes de que el empleado pudiera balbucir la cantidad de la propina, Cameron le cerró la puerta en la cara.

Martine volvió a hacer su típico gesto con la cabeza.

—Estás más interesado en ese estúpido fax que en mí. ¡Qué en esto! —Con una mano experta, tiró del vestido hacia abajo desembarazándose de él como si fuera la piel de una serpiente.

Cameron pensó que cualquiera que fuese el precio que había pagado por ese cuerpo, el dinero no había podido estar mejor invertido.

—No, créeme, cielo, no lo estoy. Sólo tardaré un segundo. —Rasgó el sobre, lo abrió y luego hizo una bola con él

antes de tirarlo por encima del hombro, sumergiéndose inmediatamente en aquella maravilla femenina.

Más tarde leyó el mensaje, y su mundo, su vida y su corazón se detuvieron.

—¡Oh, maldita sea! —Todo el vino que había consumido a lo largo de la noche le dio vueltas en la cabeza, le revolvió el estómago y le reblandeció las rodillas. Tuvo que apoyarse en la puerta para mantenerse en pie antes de volver a leer de nuevo el mensaje.

Cam, maldita sea, ¿por qué no me has devuelto la llamada? Llevamos horas intentando localizarte. Papá está en el hospital. Está mal, peor de lo que parece. No hay tiempo para detalles. Se nos está muriendo. Date prisa. Phillip.

Cameron levantó una mano: la que había sostenido el volante de las docenas de barcos, aviones y coches que había pilotado; la que podía hacer ver el cielo a una mujer. Pero aquella mano se estremeció a medida que se mesaba el cabello.

—Tengo que ir a casa.

—Estás en casa. —Martine decidió darle otra oportunidad y se echó hacia atrás pegando su cuerpo al de él.

—No, tengo que irme. —La apartó y se dirigió al teléfono—. Y tú tienes que marcharte. Necesito hacer varias llamadas.

—¿Crees que puedes decirme que me vaya?

—Lo siento. La función ha terminado. —No podía entretenerse. De manera ausente extrajo billetes de su bolsillo con una mano y cogió el teléfono con la otra—. Toma, para el taxi —dijo, olvidando que ella se alojaba en el mismo hotel.

—¡Cerdo! —Desnuda y furiosa se lanzó sobre Cameron. Si él se hubiera podido sostener habría esquivado el golpe. Pero la bofetada le dio de lleno. Le pitaban los oídos, la mejilla le escocía y se le agotó la paciencia.

Cameron se limitó a rodearla con sus brazos, ella se revolvió como si se tratara de una proposición sexual, y él la

llevó hacia la puerta. Cogió su vestido y luego arrojó a ambos a la vez al vestíbulo.

El chillido le retumbó en la cabeza al echar el cerrojo.

—Te mataré. ¡Cerdo! ¡Bastardo! ¡No eres nadie! ¡Nadie!

Dejó a Martine gritando y aporreando la puerta, y se dirigió al dormitorio para meter algunas cosas en una bolsa.

Parecía como si la suerte hubiera dado un vuelco de la peor manera posible.

1

Cam hizo uso de sus contactos, movió hilos, pidió favores y arrojó dinero en una docena de direcciones. Conseguir transporte de Mónaco a la costa oriental de Maryland a la una de la mañana no era una tarea fácil.

Condujo hasta Niza como una bala, a pesar del viento, por la autopista de la costa hacia una pequeña pista de aterrizaje donde un amigo accedió a llevarle a París por la cantidad de mil dólares americanos. En París alquiló un avión por la mitad del precio habitual y pasó las horas sobre el Atlántico con una mezcla de fatiga y miedo atenazador.

Llegó al aeropuerto de Dulles de Washington, Virginia, cuando acababan de dar las seis de la mañana, hora de la costa oriental. El coche de alquiler estaba esperándole, así que se puso a conducir hacia la bahía de Chesapeake bajo el frío oscuro del amanecer.

Cuando alcanzó el puente que cruzaba la bahía, el sol brillaba en lo alto, centelleando sobre el agua y haciendo resplandecer los barcos que estaban preparados para la pesca diaria. Cam había pasado buena parte de su vida navegando en la bahía y en los ríos y calas de esta parte del mundo. El hombre por el que iba volando le había enseñado mucho más que los conceptos de babor y estribor.

Todo lo que tenía, todo lo que había hecho para sentirse orgulloso en la vida, se lo debía a Raymond Quinn.

Con trece años, y a las puertas del infierno, Ray y Stella Quinn le habían alejado del mal camino. Su historial juvenil era ya un clásico sobre los inicios en la delincuencia.

Robos, allanamientos de morada, borracheras juveniles, novillos, ultrajes, vandalismo, gamberradas. Había hecho lo que había querido, y a menudo había disfrutado de los golpes de suerte que suponían que no le cogieran. Pero el mejor momento de su vida fue cuando le pillaron.

Tenía trece años, estaba delgado como un palillo y aún conservaba las magulladuras de la última paliza que le había dado su padre. Se habían quedado sin cerveza. ¿Qué iba a hacer un padre?

En aquella calurosa noche de verano, con la sangre seca en el rostro, Cam se había prometido a sí mismo que nunca iba a regresar a ese remolque destartado, a esa vida, a ese hombre al que el sistema le arrojaba una y otra vez. Se iría a algún lugar, a cualquier lugar. Quizá a California, o a México.

Tenía grandes sueños a pesar de que su visión era borrosa gracias a un ojo morado. Todo lo que poseía eran sesenta y seis dólares y algunas monedas, su ropa a la espalda y el ánimo por los suelos. Lo que necesitaba era un transporte, pensó.

Viajó en el vagón de carga de coches de un tren que se dirigía a Baltimore. No sabía adónde iba y tampoco le importaba, siempre que fuera lejos. Oculto en la oscuridad su cuerpo acusaba cada sacudida del tren, pero se había prometido a sí mismo que mataría o moriría antes que regresar.

Cuando salió deslizándose del tren, sintió el olor a agua y pescado, y pidió a Dios que encontrara algo de comida en alguna parte. Su estómago aullaba de hambre. Mareado y desorientado, comenzó a caminar.

No había mucho que ver. Un pueblecito cuyas calles se quedaban desiertas por la noche. Barcos que golpeaban unos muelles hundidos. Si su mente hubiera estado despe-

jada, habría considerado el irrumpir en una de las tiendas que se alineaban frente al agua, pero no se le ocurrió hasta que hubo salido del pueblo y se encontró al borde de un pantano.

Las sombras y sonidos del pantano le asustaban. El sol estaba comenzando a salir por el este, convirtiendo en oro las tierras fangosas y la hierba mojada. Un gran pájaro rosa elevó el vuelo, haciendo que el corazón de Cam diera un brinco. Nunca había visto una garza anteriormente, y pensó que parecía algo como salido de un libro, como inventado.

Pero las alas centellearon y el pájaro se elevó. Por motivos que él no habría sabido decir, lo siguió a lo largo del pantano hasta que desapareció en la espesura de los árboles.

Perdió el sentido de la distancia y la dirección, pero el instinto le dictaba que siguiera un camino rural estrecho donde pudiera ocultarse entre las hierbas altas o detrás de un árbol por si pasaba un policía.

Quería buscar refugio, algún lugar donde pudiera acurrucarse y dormir, escapar de las punzadas del hambre y la pegajosa angustia. A medida que el sol se elevaba, el aire se hizo más denso con el calor. La camisa se le pegaba a la espalda y le sudaban los pies.

Primero vio el coche, un lustroso Corvette blanco lleno de potencia y elegancia, colocado como un gran premio en la brumosa luz del amanecer. Había una camioneta a su lado, oxidada, basta y ridículamente rural al lado de la sofisticación arrogante del coche.

Cam se agachó tras una exuberante hortensia en flor y lo examinó con codicia.

Eso era, aquel hijo de puta le llevaría a México y a cualquier otro lugar al que quisiera ir. Mierda, cómo se debería mover aquella máquina, él ya estaría a medio camino antes de que nadie se diera cuenta de que se había ido.

Cambió de posición y pestañeó con fuerza para aclarar su visión temblorosa y observó la casa. Siempre le había

asombrado que la gente viviera de una manera tan pulcra. En casas arregladas con contraventanas pintadas, flores y macizos cuidados en el patio. Mecedoras en el porche y cortinas en las ventanas. La casa le parecía enorme, un moderno palacio blanco con suaves adornos azules.

Pensó que debían de ser ricos a la vez que el resentimiento le rugía en el estómago junto con el hambre. Podían permitirse casas elegantes, coches elegantes y vidas elegantes. Y una parte de él, que se alimentaba de odio y Budweiser, quería destruir, aplastar todos los macizos, romper todas las brillantes ventanas y reducir las maderas a astillas.

Quería herirles de alguna manera por tener todo mientras que él no tenía nada. Pero cuando se puso de pie, la furia amarga se le convirtió en mareo. Se contuvo, apretando los dientes hasta que le dolieron, pero su cabeza se despejó.

Así que los ricos hijos de puta dormían, pensó. Les libraría de aquel estupendo coche. Ni siquiera estaba cerrado, advirtió, y resopló mientras abría la puerta. Una de las técnicas más útiles que le había enseñado su padre era cómo arrancar un coche de manera rápida y silenciosa. Dicha habilidad resultaba muy práctica cuando un hombre se había pasado la mayor parte de su vida vendiendo coches robados a las casas de cambio.

Cam se reclinó en el asiento, osciló el volante y se puso a trabajar.

—Hay que tener huevos para robar el coche de un tío a la puerta de su casa.

Antes de que Cam pudiera reaccionar, o de que soltara un taco, una mano le agarró la parte trasera de los vaqueros y le levantó haciéndole salir del coche. Le balanceó con el puño apretado, que parecía hecho de roca.

Lanzó su primera mirada al imponente Quinn. El tipo era enorme, mediría por lo menos uno noventa y ocho, y su complexión era como la de la línea ofensiva de los Baltimo-

re Colts. Su rostro era curtido y ancho, con mechones de pelo rubio bordeados de brillantes cabellos de plata. Los ojos eran profundamente azules, y la ira se reflejaba en ellos.

De pronto se acercaron el uno al otro.

No era difícil mantener al chico en su sitio. No pesaría más de treinta y siete kilos, pensó Quinn como si hubiera pescado al chico en la bahía. Tenía la cara sucia y magullada. Uno de los ojos estaba casi cerrado por la hinchazón y el otro, de color gris oscuro, reflejaba una amargura impropia de un chiquillo.

Había sangre seca en su boca pero, a pesar de ello, consiguió sonreír de manera burlona.

Sentía compasión y enfado al mismo tiempo, pero mantuvo su mano firme. Sabía que esa liebre podía escaparse.

—Parece que has perdido la pelea, hijo.

—Quítame las jodidas manos de encima. No estaba haciendo nada.

Ray levantó levemente una ceja.

—Estabas en el coche nuevo de mi mujer a las siete y media de un domingo por la mañana.

—Estaba buscando monedas sueltas. ¿Qué jodida importancia tiene eso?

—No querrás caer en el hábito de utilizar en exceso la palabra «jodida» como adjetivo. Te perderás su gran variedad de usos.

El suave tono doctrinal permaneció en la mente de Cam.

—Mira, Jack, esperaba encontrar un par de dólares en monedas. No los habrías echado en falta.

—No, pero Stella habría echado terriblemente en falta su coche si tú hubieras conseguido arrancarlo. Y no me llamo Jack sino Ray. Bien, a mi modo de ver tienes un par de opciones. Consideremos la primera: arrastro tu arrepentido trasero a la casa y llamo a la policía. ¿Qué tal te sentaría pa-